

italiana con buena orquesta y cantores de mérito. Oí *La Vestale* de Mercadante, que me habría gustado si estuvi era mi espíritu mejor dispuesto para las emociones del arte. No hay música por sublime que sea, que ahogue la interna voz de nuestra alma, cuando da por cantarnos el *requiem*. Oí la ópera, como se oye un organillo de las calles, y admirando el buen estilo de la Teresa Bovay y de Olivieri, les habría dado dos cuartos porque callaran.

Hoy haremos Bretón y yo la última tentativa, para que pueda llevarme la conciencia bien sosegada. Si Dios no dispone otra cosa, sólo un día separará esta carta de lo que anuncié á usted la partida de su amantísimo hijo—*Fernando*.

XX

(Del mismo á Demetria.)

Madrid, Julio.

Señora y dueña, reina, emperatriz, y más si lo hubiere: ¿con qué palabras te daré las albricias? Ayer te dije que Bretón y yo nos declará- bamos vencidos, y hoy, cuando menos lo esperaba, se me presenta el gran riojano y me suel-

ta esta bomba: «¿No le dije, mi Sr. D. Fernando, que yo con un ojo solo había de encontrar más pronto que usted con los dos suyos la aguja que buscamos en un pajar?»

En fin, adorada mujer, que ya pareció el *ángel negro*; al fin Dios ha tenido lástima de mí, de tí y de tu pobre hermana si, como creo...

Espérate un poco: no sé cómo contarte con brevedad lo sucedido. ¡Si fuera posible pegar desde aquí cuatro gritos para que tú me oyeras! Pues, leyendo versos estaba yo, cuando entra Bretón y me abraza, y rompe una copa de agua que yo tenía en mi mesa, y mientras acudo á contener la inundación que cae sobre el libro pasando por mi chaleco, le oigo decir: «Ya tenemos hombre...» En fin, que Ibero vive, aunque no se responde de su perfecto equilibrio cerebral... Y no vayas á creer que tengo ya entre las uñas al novio de tu hermana: aún no le he visto. Para que nuestra dicha no sea completa, el *ángel negro* está, como quien dice, á la vuelta de la esquina... se ha ido á Cataluña... No recuerdo si Bretón dijo que reside en Barcelona ó cerca de ella... Lo mismo da. ¿Te parece que es floja caminata la que tengo que emprender ahora, mujer mía? De la pena de no verte pronto me consuela el gozo de que ve-

ré á mi madre... Fluctúo entre dos cielos. Ya los juntaré yo.

Escucha y alégrate: por obra de la casualidad (disfraz que toma Dios para sorprendernos, embromarnos y reirse de nuestros afanes), supo Bretón que Santiaguillo había sido huésped del Rector de Monserrat, en la calle de Atocha, por un mes largo, y de que el dicho Rector y otro clérigo catalán se concertaron caritativamente para curarle de sus manías y aliviarle de sus penas, determinando al fin que no había para ello medicina mejor que el cambio de aires y la compañía de sujetos graves. Dos días antes de mi entrada en Madrid, empaquetáronle en una galera de las que llaman aceleradas, consignándole á una casa religiosa donde tendrá la mejor asistencia. ¿Te vas enterando? Pues añado (y esto no se lo digas á tu hermana) que los buenos clérigos de acá, en cuyas manos cayó por designio de Dios nuestro pobre amigo, creen que su reciente vocación de vida religiosa, lejos de ser síntoma de locura, señal clara es de iluminada discreción y juicio, por lo cual recomiendan á los Padres de allá que después de cuidarle, y de nutrirle con sanos alimentos, le administren los más eficaces, ó sea la doctrina necesaria para que en un plazo no muy largo cante misa.

¡Sí, sí: no es mala misa la que le voy á cantar yo!... A mi pesimismo de los pasados días ha seguido un recrudescimiento ardoroso de aquel entusiasmo con que acepté y acometí las duras penitencias que determinaste imponerme. Vuelvo á creer que me destina Dios á consumir una grande hazaña y á producir una de las más bellas eflorescencias del bien humano. Adelante, y echa la bendición á éste tu enamorado caballero, que no dilatará el partir á Barcelona más tiempo del que tarde en prevenirse de los lazos mejores para captar novios fugitivos que se acogen á lugar sagrado. Ya te lo explicaré mañana, porque estoy aturdido, loco, y no respondo de que mi trémula mano escriba lo que pienso.

Tu segunda carta me ha causado tanta alegría como tristeza me dió la primera. ¡Vitor mil veces!... ¿Con que tenemos á nuestra hermana consolada, por virtud de las esperanzas con que tú, divina médica, has fortificado su espíritu? ¿Y no es broma, Cielos, que mi amigo Navarridas se tiene tragado que somos marido y mujer como quien dice? ¿Hase enterado de que nos vimos en Samaniego y de que allí charlamos y resolvimos cuanto nos dió la gana? ¿Tendrá celos de nuestro bravo capellán y casamentero D. Matías? ¡Cuánto me alegro, y qué

feliz me haces con estas noticias! Mayor sería mi júbilo si me anunciaras que ha reventado Doña María Tirgo, ó que apuntan síntomas del pronto estallido de tan digna señora... ¡Vaya, que la retirada de los tacaños con su brillante Estado Mayor eclesiástico es por demás donosa! ¡Lástima que no estuviera yo allí para avivarles el paso, picándoles la retaguardia con azotes, zorros ó escobas! ¡Y ya las de Alava ¡Dios clemente! me llaman *ilustrado, elegante y de buena educación!* Su tardía indulgencia me hace llorar de risa...

La prensa popular no se recata para enaltecer las ideas republicanas. La república es el mejor Gobierno, según estos tribunos de las calles, por que tiene por base y principio el *temor de la justicia del pueblo*. Al paso que estas ideas se propagan, la procacidad, las groseras injurias á personas respetables son diario alimento de la general demencia. Como París en los días del Terror recomendaba el uso constante de la guillotina, Madrid recomienda el *corbatín*, como eficaz correctivo de ministros y personajes. Se me ha quedado presente una cuarteta que acabo de leer, en la cual se pide que den garrote al Ministro de la Gobernación del Reino, Sr. Solanot:

*Al que todo lo trabuca
y en la adulación se ensaya,
el corbatín de Vizcaya
le pusiera yo en la nuca.*

Muletilla constante en la baja prensa, y aun en la de más fuste, es que mientras el pueblo paga, los ministros no hacen más que guardar millones. El Ministerio es una cuadrilla de viejas flatulentas, rapaces, embrujadas; el Real Palacio una casa de Tócame Roque, donde los dómynes y las azafatas, las mozas de retrete y los caballerizos, á diario se tiran de los pelos; la Tesorería, el puerto de arrebatá-capas; el Regente, un *santón* repleto de oro; Rodil, un payaso; Capaz, un *Tío Carando*; San Miguel, un...

¡Ay, ay, ay, niña de mi corazón!... ahora reparo que pongo en tu carta cosillas destinadas á la de mi madre, que desea le cuente algo de enredos y trapisondas políticas! Como á las dos escribo á un tiempo, alternando en mis dos amores para igualarlas en mi cariño, tiene fácil explicación el error... ¿Qué te importa á tí la política? Sea lo que quiera, no tacho nada de lo escrito... ¡Ay, ay, ay! Espérate: descubro en este momento que en la carta para mi madre he puesto por equivocación un parrafito, que es forzoso trasladar á la tuya. ¡Cómo está

mi cabezal Copio en ésta lo que en la otra carta escribí, y que á la letra dice: «Mi opinión es que no atiborres de optimismo el espíritu enfermo de mi cuñadita. No vaya á creer Gracia que ya tiene reconquistado el novio, y que le llevaré la felicidad como podría llevarle una caja de pastillas para su rebelde tos. Esperanzas tengo, y eres tú quien me las da, el recuerdo de tí, la fe en tus altas concepciones, cara esposa, emperatriz y papisa mía. Ríete lo que quieras de mis disparates.»

Me estremece de alegría, de orgullo, de no sé qué, tu proyecto de derribar el tabique de la sala de oriente, junto á la que ocupé yo, para hacer con las dos una estancia que será de legua y media de largo lo menos, donde instalarás mi biblioteca. Cuando leí en tu carta que ya habías mandado llamar á los albañiles para comenzar la obra, dí un brinco, que no fué más que instintivo impulso de abrazar á los tales artífices, aunque me pusiese perdido de cal y yeso... ¡Bendita sea tu alma de gobernante y arquitecta! Cuando pienso que desde que nací hasta que te encontré en Oñate pasaron tantos días sin yo quererte, me causa terror aquel estado de ceguera, de ignorancia y de estupidez. Pues sí, acepto lo de la biblioteca, por el gusto de tenerla, de recrearme en el descubrimiento

de que para nada la necesito, pues no hay para mí ya más biblioteca que tus ojos, y ellos son mi Enciclopedia, mi Historia, mi Biblia Poliglota y mi Homero y mi Dante... Harás de mi parte fiestas muchas, muchas, al noble *Serrano*.

Ya concluyo por hoy, y como ahora tengo que echarme á la calle, puntual á la cita que me ha dado Bretón, mañana terminaré la carta para mi señora madre, á quien me permitiré mandar infinitos besos de parte tuya. Antes de salir para Barcelona, te escribiré de nuevo tu fiel caballero, y esposo cuando Dios quiera,—
Fernando.

XXI

Del mismo á Pilar de Loaysa.

Madrid, Julio.

Mater admirabilis: Imposible partir para Cataluña sin ver á Espartero y á Jacinta, pues con los afanes de estos días y el continuo callejear no tuve espacio para visitarles. No me riña usted. Hoy he ofrecido mis respetos á Sus Altezas Serenísimas, y sin que yo se lo

cuenta, comprenderá usted que fué tremenda la chillería que me echó Jacinta por mi tardanza. Disculpéme con mis ocupaciones; pero aún tardó gran rato la Duquesa en desarrugar el ceño. Quedéme á almorzar con ellos, y hablamos de todo, de lo público y de lo privado. Ofrecióme D. Baldomero escribir á Van-Halen, que allí manda por lo militar, para que me ayude sin restricción alguna en cuanto yo intento. Llevo, pues, carta blanca, y con ella espero que se me consentirá el uso y el abuso de mis iniciativas caballerescas.

No era yo el comensal único de los Regentes en el almuerzo de hoy. Sentáronse también á la mesa D. José Posada Herrera y D. Santiago Alonso Cordero, quien no abandona por nada del mundo la etiqueta popular de sus bragas de maragato. Es un hombre risueño y fresco, con cara de obispo, de maneras algo enojadas, en armonía con el traje castizo de su tierra, de hablar concreto, ceñido á los asuntos. Se enriqueció, como usted sabe, en el acarreo de suministros, y hoy es uno de los primeros capitalistas de Madrid. Ha comprado el solar de San Felipe, inmenso egido polvoroso, para construir en él una casa que allá se irá con el Escorial en grandeza, y será la octava maravilla de la Corte. Da pena ver las tristes

ruínas, el despedazado claustro, los escombros del mentidero y las covachas. Ha dicho hoy Cordero en la mesa que propondrá al Ayuntamiento el derribo total de la Puerta del Sol, para hacerla de nuevo con mayores anchuras, á fin de dar cabimento al paso de tantísimo coche como ahora rueda por estas calles. En el centro se pondrá un monumento *conmemorativo* de la Milicia Nacional, con un par de fuentes de pilón bien amplio, para que quepan todos los *maestros de baile* que ahora llenan sus cubas en Pontejos. ¿Qué le parece á usted de estas elegancias y composturas de su viejo Madrid?... El otro comensal, Posada, es un asturiano muy listo, que en nuestro tiempo no se había dado á luz, de cuerpo enjuto y semblante un tanto ratonil, á que dan mayor expresión de agudeza sus orejas no cortas. En el Congreso brilla por su perorar discreto y persuasivo, sin ringorrangos, y brillaría más si el ministerialismo no quitara sal á su elocuencia, pues defendiendo á los que están en candelero, que es como estar en la picota de la impopularidad, no se ganan las palmas oratorias.

Al gran D. Baldomero le encuentro agobiado y melancólico, señal de lo que le pesa el fardo *ayacucho*, y de las ganas que de soltarlo tiene. Recayó la conversación en la libertad de im-

prenta y en sus repugnantes excesos, y contra la opinión de Cordero y Posada, á la que me permití agregar la mía, sostuvo el Regente que nada perdíamos con que las ranas callejeras chillaran todo lo que quisiesen y escupieran fango sobre los Ministros. A él no le afectan las injurias y cree siempre en las ventajas eternas de la libertad, sin mirar á sus pasajeros inconvenientes. ¿No se había expresado del modo más claro la voluntad de la Nación pidiendo que todos los ciudadanos fuesen libres? Pues ya lo eran. Veremos pronto quién acierta, si la opinión general, ó la gritería y los resoplidos de cuatro ambiciosos. Se propone sentar la mano de aquí en adelante á los que turben el orden, ya vengan con bandera cristina ó moderada, ya con los pingajos de la revolución social. Cumplirá con su deber, sosteniendo los principios de progreso, y si á pesar de esta lealtad, llueven capuchinos de bronce, *se encasquetará el sombrero* hasta que pase el nublado. La Nación permanece; las tempestades corren; lo que debe quedar queda. O este fatalismo nos revela, señora madre, la más alta filosofía política, ó supina ignorancia de las artes de gobierno. El tiempo lo dirá.

Prometiéndome volver por la noche, despedíme de los Duques, y dediqué la tarde á las visitas

que usted me ha encargado, empezando por su fiel amiga, la de Selva Fría, que rabiaba por conocerme. Bien lo comprendí en la manera de recibirme, pues su finura y gracia quedaron obscurecidas por las demostraciones de curiosidad; tan minucioso fué el examen que la Marquesa y dos de sus amigas allí presentes hicieron de mí, mirándome cara y ojos con atención que rayaba en impertinencia, y haciéndome mil preguntas, cuyo objeto debía de ser el estudio de mi sér moral. Y aun creo que en el largo tiempo de la visita otras miradas ansiosas me observaban detrás de los cristales de la pieza inmediata, como á un bicho raro. Interiormente me reía yo, y procuré que la amiga de mi madre viera en mí una persona bien educada, cariñosa y galante. Con perdón de usted, y empleando un término de la literatura popular andaluza, hoy tan en boga, le diré que su amiga de usted me ha parecido una *ezgalichao-ta*; no hallo mejor manera de expresar su ceceo andaluz y la indolencia de sus posturas, por causa de la excesiva lozanía de carnes, que sin duda le pesan: en el desbarajuste de aquella máquina, creeríase que las distintas piezas quieren caerse cada una por su lado. Una de las damas presentes era la que llamamos *Berenice*, á quien yo traté, ya casada, en las tertu-

lias de Castro-Terreño. Sigue cultivando su incomparable cabellera negra, y las dos cascadas de tirabuzones que lleva en las sienes causan maravilla. La otra no la conocía yo: era la de Soterraña, que, según dicen, *habla con Sartorius*. Habíala visto yo en el Prado, donde días pasados encontré á muchas señoras de mi tiempo, y á otras que en el período de mi ausencia se han trocado de señoritas en mamás. La espiritual, la etérea Matildita Illán de Vargas, á quien yo hacía cucamonas el año 35, hállase en meses mayores; la ví agarrada al brazo de su marido, que le daba remolque con mucha dificultad. No me acuerdo del nombre de él: sólo puedo decir que era inseparable de Ros y de Echagüe. Ya le contaré á mi madre otros encuentros míos en el Prado, más peregrinos, y las paralelas que no una, sino hasta tres familias han querido ponerme, echándome unas niñas tiernas, con más perifollos que seso. Imagínese usted el caso que de estos halagos haría yo, *gentilhomme campagnard*, desengañado ya de las esperanzas cortesanas, y unido con eterno vínculo á la *diosa Ceres*, nada menos.

El calor ha dispersado á no pocas familias, y hay muchas bajas en el Prado. A Francia y á las provincias no sé que hayan ido más que las Montufares, la de Santa Cruz, Salamanca, Osu-

na, Bedmar... Otros se han ido á los no lejanos *chateaux* de Carabanchel, Aravaca y Navalcarnero, ó se aposentan en pajares á que se da el engañoso nombre de *quintas*.

He vuelto por la noche á la casa de los Duques Regentes, que por cierto viven con modestia suma, y su palacio más parece un cuerpito de guardia. Ví á Seoane y á Linaje, furibundos en la declamación contra moderados; ví al bonísimo Cantero y al ardiente Sánchez Silva; ví, por fin, y con no poca satisfacción, al gran *D. Juan y Medio*, que me abrazó, y estuvo conmigo muy cariñoso, encargándome hasta tres veces que le lleve á usted sus fieles memorias y los más respetuosos afectos. Ha envejecido bastante; mas persevera en las costumbres de la correcta elegancia inglesa, con su peinado de rizos, su pie pequeño bien calzado con zapatito bajo, sus estirados cuellos, y el corte y largura de sus afamadas levitas. Ofrecióme cartas expresivas para Barcelona, que han de serme de no poca eficacia, encargándome mucho que no deje de visitar de su parte á su amigo el Cónsul de Francia, *Ferdinand de Lesseps*.

Esto y una frase hermosa que dijo Espartero han sido lo más agradable para mí esta noche, sin contar los obsequios de Jacinta, y la

emoción con que habló de usted y de sus deseos de verla y abrazarla. En el círculo que rodeaba al Regente, como un coro de sacerdotes de chinesco ídolo, se trató del proyecto de prorrogar la minoría de Isabel II, idea que en estos días flota en el ambiente político, sin que se sepa qué intenciones inocentes ó pérfidas la han echado á volar. D. Baldomero rechazó la idea con una imagen gráfica que admirablemente expresaba su pensamiento. «Si como puedo adelantar las horas de ese reloj—dijo señalando á la esfera de uno feísimo, puesto en la más ordinaria de las consolas,—pudiera yo acelerar los días que nos quedan de Regencia y llegar al término de la menor edad de Isabel II, crean ustedes que ello sería mañana.» Cansado está el hombre, y menos ambicioso de lo que generalmente se cree. Al salir me encontré á Nocedal y á Luzuriaga, que iban disputando. Delante de mí, y poniéndome por testigo, hicieron una audaz apuesta. El uno sostenía que no duraba dos meses la Regencia del Conde-Duque, el otro que aún tendríamos Regencia y minoría para cinco años. Me vine á casa sin calentarme los sesos en calcular el vencedor probable.

Me hará usted el favor de decir al carísimo Hillo que no he visto á Montes, y lo deploro...

No torea ya en Madrid hasta Septiembre, por lo cual, á más de privarme del gusto de aplaudirle, faltó á la promesa de darle un recadito de parte de nuestro capellán. Sin duda se pondrá éste muy afligido cuando usted le enseñe mi carta y lea el fatídico *No he visto á Montes*, pues podría creerse que de ver ó no ver al tal Montes depende la armonía ó desconcierto de las esferas. En verdad lo siento, y tanto él como yo hemos de llevarlo con paciencia. En otoño lucirá su destreza en esta plaza el *chairo crúo*; mas para entonces no seré yo quien le vea manejar la *muletiya* y el *mondadiente*. ¡Ay, con qué júbilo tomo el olivo!

Espero aún dos días para ir bien preparado de los necesarios elementos de investigación, y de los resortes más eficaces para captar á la fiera. Antes de que se cumpla la semana, abrazará y besaré mi madre á su—*Fernando*.

XXII

De D. Fernando á Demetria.

Sitges, Julio.

Amadísima mujer: Te escribo en la mayor consternación. Encuentro á mi madre enferma, con grave recrudecimiento de su achaque pulmonar, intensa fiebre, postración grande; disneas frecuentes á menudo disminuyen mis esperanzas y aumentan mis temores. Hoy es uno de los días más tristes de mi vida. Llegué con la emoción que puedes figurarte, y al ver de lejos la villa blanca, el corazón se me saltaba del pecho. Mi entrada en la casa fué como el testarazo del ave ciega que en su vuelo rápido se estrella contra un muro. ¿Quién comprenderá mi pena como tú, quién como tú la compartirá? Me consuela el pensar que en cuanto recibas mi carta, seremos dos á soportar esta pesadumbre. ¿Ves, querida mía, cuán cara cuesta la felicidad, y cómo se hace valer, y cómo se hace esperar, y con qué infame perfidia juega el destino con nuestros deseos?... No me

extiendo más. Basta por hoy con darte conocimiento de mi tribulación. No puedo separarme de mi madre, ni consiento que otras manos cuiden de ella, ni que otros ojos la vigilen, ni que otra boca la consuele y la conforte. El dolor aviva mi comunicación contigo; paréceme que no estoy solo, y cosas pienso que sospecho me las dices tú al oído... Ilusión es ésta de las más vanas. ¡De La Guardia á Sitges qué inmensidad de leguas! ¿Estarán más separados los muertos de los vivos?... Te adora tu—*Fernando.*

Del mismo á la misma.

Sitges, Agosto.

Está visto, Reina, que Dios quiere someter-nos á pruebas durisimas, como si aún no tuviera bien probada nuestra fortaleza. Yo pregunto: ¿qué hemos hecho para que se desaten contra nosotros los furros del mal humano? Y si salimos tú y yo vencedores de esta batalla, ¿qué compensación de felicidad nos dará Dios? No me digas que no es esto un ensañamiento de la divinidad: cuando mi madre, á fuerza de cuidados y de ciencia, nos vuelve á la vida, tu hermana recae en sus trastornos, se agrava, la

crees muerta, vive tan sólo en un aliento, en un suspiro. Aunque tu carta de hoy me da esperanzas, y no deja de ser consoladora la opinión del amigo Crispijana, no acabo yo de tranquilizarme. Estoy muy pesimista, y todo lo veo lúgubre, desde que la enfermedad de mi madre me cortó los vuelos.

No creas que me descuido en mis obligaciones *hercúleas*: en cuanto he visto á mi madre recobrando lentamente la vida, no he pensado más que en lo nuestro, y no siéndome posible separarme de mi enferma ni un día ni una hora, he mandado á Sabas á Barcelona, bien asistido de personas prácticas, para que vaya desbrozándome el terreno y averigüe si ha llegado el hombre, y dónde está y qué demonios hace. Aún no ha vuelto.

Mi madre te consagra todos sus pensamientos. Es tanto y tan ardoroso lo que habla de tí, que á veces tengo que mandarla callar, porque el continuado uso de la palabra no le hace provecho. Ninguna idea la turba y aflige tanto como la presunción de morir sin verte. No sé las veces que me ha pedido nueva relación de lo que hablamos tú y yo en las célebres vistas de Samaniego, lo que me dijiste, lo que yo te contesté, y qué cara ponías cuando yo te manifestaba mi repugnancia de los trabajos si no

iban precedidos del casorio. No cesa de preguntarme cómo eres, si es bonito tu metal de voz, si tus ojos son pardos tirando á negros, ó negritos del todo. Figúrate tú, mi cara mitad, lo que yo le diré, y qué perrerías se me ocurrirán acerca de tu persona. La pobre va muy despacito en su restablecimiento, y estoy con el alma en un hilo temiendo las recaídas, y temblando de que me la hiera un traidor soplo de aire.

He tomado aborrecimiento á nuestra embarcación y á los paseos marítimos, pues de ahí vino este arrechucho. Cuatro días antes de mi llegada, salieron mi madre y D. Pedro á su diversión por el Mediterráneo: hallándose muy afuera, les cogió una fuerte virazón al Oeste, y aunque la fortaleza de la embarcación les garantizaba del peligro de ahogarse, pasaron un gran susto. Corriendo á la vela con rizos en demanda del puerto, no les fué posible cogerlo, y tuvieron que arribar á Cubella bajo el azote de un tremendo chaparrón que á todos les caló hasta los huesos. Mojados de agua de las nubes, se dieron otro remojo de salada al desembarcar á hombros de marineros. Mi madre se puso tan mala que tuvo que pernoctar en Villanueva y Geltrú, donde se le manifestaron los efectos de la mojadura y el enfriamiento.

Me ha contado Eillo que al día siguiente del naufragio, cuando venían para Sigges en la desvenojada tartana que pudieron encontrar, pasó la mayor angustia de su vida, creyendo que mi madre se le quedaba en el camino. No hay bromas con Neptuno. He suprimido el departamento de Marina, y he mandado que me saquen á tierra la barca y que le quiten el aparejo y la cubran con vela, condenada á servir de albergue á dos mareantes que no tienen otra casa. Mirala allí tumbada de un lado, vergonzosa de su mala acción, aunque ella dice que no tiene culpa de lo sucedido, que fué la mar, la juguetona mar quien nos hizo la jugareta... Y la mar dice que no fué ella, sino el cielo... Ve tú á entenderlos...

Adiós por hoy, vida mía. Carinos mil de tu pobre Hércules, prisionero del amor maternal.

Mircoles.

Hoy te mando más de una receta de medicamentos que creo de gran eficacia para tu hermana. Las drogas son excelentes, y las he obtenido en largas experiencias farmaco-psicológicas. Mas para que obren con seguridad y energía ha de haber mucho fino en la administración de ellas; á tus manos delicadas y á tu

conocimiento de los diferentes estados en que puede encontrarse la enferma, fío el buen éxito de este tratamiento.

Allá van mis prescripciones, y advertencias del modo de aplicarlas. Si ves á Gracia muy triste, quejumbrosa, con mimo infantil, pero sin fiebre ni postración física grandes, le dices que Santiago Ibero está en un pueblecito próximo á Barcelona, bueno y rollizo... es Santiago quien está rollizo, no el pueblo. Gracias á la reposada vida que allí hace y al nutritivo alimento que le dan, curado está el hombre de sus negras murrias, y su intelecto vuelve á lucir con todo el brillo de la síndrome más pura. Guárdate de añadir á esta receta la noticia de que Santiago se propone, y á ello tiran los buenos religiosos sus maestros, cantar misa en el próximo Diciembre, para lo cual se dan prisa á meter latines y fórmulas litúrgicas en los huecos cerebrales donde antes estuvieron las li-viandades amorosas... No le digas esto de la misa, por Dios, que sería trocar en veneno la medicina.

Podrás usar, en caso de gravedad manifiesta, de otro antiepasmódico sumamente enérgico, y es que Ibero no la olvida, que se arrepiente de su bofetada, que todo fué obra de un fugaz raptó de locura. Esto no es verdad, digo, no

me consta; pero puede ser cierto, y oae dentro de la jurisdicción de lo probable y admisible. Para el caso de muerte, no me falta una prescripción que ya no es medicinal, sino milagrosa. Cuando hayáis amortajado á Gracia, y estéis á punto de ponerla en la caja, le dices al oído: «Ya vienen Fernando y Santiago, decididos á casarse con nosotras, naturalmente cada uno con la suya. Santiago te ama, y viene á pedirte perdón.» Verás como de un brinco sale nuestra querida hermana del ataud. Con que ahí tienes la terapéutica gradual que usar puedes, según los aspectos que vaya tomando el desconuelo de Gracia, representado en la vida física por imponentes alteraciones de la salud, más aporatosas que reales.

Ahora te diré, ¡oh dulce esposal el motivo de que yo te mande estas especies farmacéuticas, por las que verás que no desconfío del buen término de mi trabajo, si la salud de mi madre me permite consagrarme á él con alma y vida. Llegó Sabas de Barcelona á los tres dias de salir de aquí, y en la cara le conocimos que alegres nuevas nos traía. No halló facilidades para ver á Ibero, y las tres ó cuatro veces que llamó al portón de San Quirico, residencia de los Padres de la *Instrucción Cristiana*, en un pueblo que llaman Papiol, no vió más que caras

displicentes. La intervención de un amigo nuestro, de Barcelona, D. Magín Cornellá, gran beato, más admirador de Tristany que de Espartero, y muy considerado de los que se visiten por la cabeza, venció toda la resistencia frailuna, y Sabas tuvo la satisfacción de verse frente á su compatriota en el locutorio de San Quirico. Cuenta que Santiago le conoció al punto, saludándole con la mayor cordialidad, y alegrándose de verle. Por todos los vecinos de Samaniego le preguntó, recorriendo el ciclo de familias sin que ninguna se le olvidara; mas no nombró á las niñas de Castro, ni á ningún habitante grande ni chico de Mayada Mayor. Fiel á mis advertencias, Sabas tampoco hizo mención de las señoritas ni de sus propiedades y colonos. En nada de lo que dijo Santiago se advertía la menor perturbación: sus juicios eran claros, su palabra reposada y cortés. Hablando de sí mismo empleó esta figura, que mi escudero ha reproducido con feliz memoria: «Me cogieron en lo mejor de mi vida, terribles tempestades, y después de estrellarme en los escollos del error, he venido á tomar tierra en la playa del desengaño.» Preguntó luego por mí, y al enterarse de que vivo en Sitges y de que no pasarán muchos dias sin que mi madre y yo nos traslademos á Barcelona, palideció el hom-

bre y se quedó como suspenso. «D. Fernando—dijo,—fué mi mejor amigo, y yo le quiero como á un hermano. Si se acuerda de mí, estará muy enojado porque á sus cartas no di respuesta.» Cuidó Sabas de tranquilizarle sobre este punto, asegurándole que no agravios, sino terribles ganitas de verle y abrazarle tenía yo, y él se mostró agradecido á esta manifestación y consolado de su recelo. Como preguntara con gran interés si me había casado y con quién, al saber que pronto seremos tú y yo marido y mujer, se puso muy contento y se le encandilaron los ojos. A punto estuvo mi criado, en tal coyuntura, de hablarle de la señorita Gracia; pero recordando á tiempo mis instrucciones, calló. Al despedirse, indicóle que yo tendría sumo placer en visitarle, si tanto él como los Padres me daban su licencia, y á esto respondió que por su parte no pondría reparo; mas no podría ser en algunos días, pues al siguiente le mandaban á Ripoll para dar comienzo á no sé qué espirituales ejercicios... ¡Déjale estar, que ya le daré yo ejercicios, y buenos pases de la teología más sutil! Las impresiones que me ha traído Sabas y que te transmito, son excelentes. Tenemos lo principal, el hombre, y no enfermo, sino en completa salud; no perdido en los laberintos de un caótico pensamiento, sino

bien hallado en la claridad de ideas juiciosas. Su espíritu no nos pertenece: ha tomado rumbos muy distintos de los que pretendemos señalarle; pero si la obra de rectificar su sendero es difícil y arriesgada, no me parece de imposible realización. Allá veremos: nosotros lo intentamos, y Dios decide. ¿No es esto lo que piensas tú?

Cuenta Sabas que la fisonomía de Ibero es la misma, y que aún no se ha quitado el bigote. Viste de paisano, traje negro de feísimo corte y fementida traza, que desmienten la esbeltez y arrogancia del sujeto... Ya, ya le vestiré yo á mi gusto. Te digo que tengo esperanzas, y observo que cuando las echo de mí, vuelven presurosas, como los pájaros al nido. ¿En qué me fundo para creer que al Señor le da la ventolera de allanarme la senda *hercúlea* después de haberme dificultado con tantos tropezones los primeros pasos que en ella di? ¿En qué me fundo, señora mujer mía? ¿Lo sé yo acaso? Otra cosa te diré para mejor inteligencia de mi optimismo. Mejora mi enferma de día en día, y ello es probado que cuando mi madre respira bien y se anima, yo lo veo todo risueño; así como cuando tose y se abate, no veo más que sombras y horrores. Vamos bien; pero la convalecencia de tu mamá política no ha de

quedar asegurada antes de quince ó veinte días. No quiero pensar ahora lo que tendremos al descenso de la estación, cuando nos mande el otoño los primeros fríos. Verás, verás qué idea se me ha ocurrido para el caso de que me obliguen las circunstancias á continuar junto á mi madre... Pero ahora no te lo digo, no, que es tarde y tengo sueño. Quiero además hacerte rabiar un poquito, y que sigas frunciendo el bonito entrecejo: «¿Qué incumbencias me traerá mi señor marido?...» Agur, *sedes sapientie, turris davidica*. Te abraza y te besa tu—F.

XXIII

De Pilar de Loaysa á Demetria.

Sitges, Septiembre.

Hijita: Ya llegó el día de mi gran contento, el día en que puedo escribirte. ¡Qué gusto! Dios es muy bueno, dejándome vivir para que pueda estar algún tiempo entre vosotros y veros felices. Fernando ha ido hoy á Barcelona en compañía de un excelente amigo nuestro, el Cónsul de Francia, *Monsieur de Lesseps*,

que vino á buscarle, y entre su tocayo, que de él tiraba, y yo, que le empujé cuanto podía, le decidimos á ponerse en camino. ¡Pobrecillo, cuánto le cuesta separarse de mí! Ya sabes á lo que va; sabes también que en todo este largo cautiverio de tu novio junto á mi cama, no ha cesado de poner mano en *el séptimo trabajo*, valiéndose de personas diligentes. Pero su presencia en Barcelona y en Papiol ha de ser más eficaz que todos los mensajes y pasos que otros llevan y dan en su nombre. Nos han dicho que á esta fecha habrá vuelto el Sr. Ibero de sus ejercicios en Ripoll. Dios misericordioso, que ahora parece menos airado contra nosotros, hará que los dos amigos se vean y se entiendan.

No ha querido partir mi hijo sin que yo le haga juramento de escribirte hoy confirmando y apoyando lo que hace días te escribió él, movido del afán de que prontamente nos reunamos todos y formemos una piña, no sólo para satisfacer el anhelo de nuestros corazones, sino para que juntos ayudemos mejor al caballero en su magno trabajo. Cree Fernando que á mí has de hacerme más caso que á él, y aunque esto no puede ser cierto, porque nadie le supera en el dominio de tu voluntad, yo te suplico en su nombre y en el mío que, pues no podemos nosotros apartarnos de aquí, por ra-